

# BROMAS DE CAZADORES

Victoriano JUARISTI SAGARZAZU

Posiblemente Victoriano Juaristi Sagarzazu (1880-1949) sea el personaje más brillante de la primera mitad de la Pamplona del siglo XX. Médico, conferenciante, escritor, esmaltador, escultor, pintor, músico, hasta escribió partiendo de las recetas de su mujer un libro de cocina que firmó como de Adriana de Juaristi. A lo que habría que añadir que fue cofundador de la primera clínica quirúrgica de Pamplona, la Clínica de San Miguel, cofundador y primer Presidente del Ateneo Navarro de 1932, Presidente del Colegio de Médicos de Navarra de 1931 a 1946 y Miembro de la Comisión de Monumentos y del Consejo Navarro de Cultura, posteriormente Vocal de la Institución Príncipe de Viana, Académico de las Reales Academias de Medicina y Bellas Artes y un larguísimo etcétera en el que pueden inscribirse su amistad, entre otros, con los pintores Salís, Berroeta y Montes Iturriz, la familia Baroja o Gregorio Marañón.

Sí, La amplitud de su currículo es tal como para sorprender (dio más de cien charlas y conferencias, escribió varias novelas y centenares de artículos en revistas y periódicos, realizó una importante colección de esmaltes e incluso escribió un libro para la colección

LABOR titulado: *Esmaltes. Con especial mención de los españoles*. Además, realizó varios monumentos tales como el de Ibañeta en recuerdo de Roldán, el de Viana en el de César Borgia, el de Teobaldo I de Champaña de la Taconera de Pamplona o el de Santa Teresa de Jesús del Convento de la Encarnación, de Ávila. Compuso hasta tres zarzuelas. Y todo ello sin descuidar su trabajo de médico y cirujano; como lo demuestra el haber operado a más de un millar de navarros, ser autor del primer manual de cirugía escrito en el país vasco, publicado en 1921, y hasta haber opositado a la Cátedra de Cirugía de Madrid). Y sin embargo esta ciudad, Pamplona, en la que se afincó allá por el año 1920 y en la que moriría en 1949, hace tiempos le olvidó, creyendo que, con dar su nombre a una de las calles de su callejero, en San Jorge, ha cumplido con su reconocimiento y su memoria. Y eso que fue el más importante animador cultural de la ciudad durante una veintena larga de años y, sobre todo, el médico-cirujano que la sacó de la Medicina tercermundista de sangradores y curanderos, terminando con historias tales como las del cólico miserere, el garrofillo, el tabardillo, el aire o La perlesía. Supongo que el hecho de haber nacido en San Sebastián pesó demasiado en las consideraciones de algunos, el no ser nacionalista, pese a ser el vascuence su primera lengua, en las de otros y ser un hombre profundamente liberal en las de los que vendrían después. Tanto, por lo que se ve, como para que el público homenaje que debía haber concertado entre todos no haya tenido lugar.

Habiendo sido don Victoriano colaborador habitual de PREGÓN, nos ha parecido lugar adecuado para recordar a nuestro personaje y nada mejor para hacerlo que retomar un artículo suyo: "Bromas de cazadores", publicado en el número 13, de octubre de 1947, donde entre otras cosas queda patente el especial gracejo con el que Dios le dotó.

**Salvador Martín Cruz**



# Bromas de cazadores

Por Victoriano Jauristi

"Las bromas, o pesadas o no darlas", dice un barbaro refrán. Y como el ingenio escasea y, en cambio abunda el deseo de burlarse del prójimo y reír al verne en situaciones que para nosotros no quisieramos, le mayor parte de las bromas son duras y algunas, terminan trágicamente. Hay un grupo que podemos calificar de "mocentes" y están ya catalogadas en el comercio que vende adminículos para dardas: la copita de licor figurado, el vaso con un agujerito, el plato que danza, el asiento que enfría las posaderas, o pita, el moc... de cartón pintado, etcétera, etc. Luego hay otros trucos menos inofensivos, como los polvos de pica-pica, el cigarro explosivo y las bolitas fétidas. Sigue después la serie de las "ocurrencias" casi siempre de mal gusto y nada originales: estropear manjares y bebidas, invitar a una o dos personas a merendar o comer en casa de doña Fulana, enviar un ataúd a casa de don Zutano, anunciar en "Ecos de Sociedad" viajes, bodas o natalicios sarcásticos. Las bromas de duendes fantasmas y aparecidos han tenido en vilo a pueblos y naciones, muchas veces. También han sido "clásicas" en todos los países que se dicen civilizados las llamadas *novatadas*, o bromas pesadas jugadas a los nuevos alumnos de Universidades, Colegios y Academias.

No era mi intención hacer el estudio crítico de las bromas sino relatar una historieta que empezó en comedia y terminó bastante trágicamente: la *historia del "Corvacho"*. El cuervo es un avechuelo repulsivo, de mal agüero, paloma de cementerios y mondador de carroñas como sus parientes mayores los buitres. Y los cazadores son unos hombres primitivos, de armas tomar, bromas dar y embustes urdir.

Pues bien: diz que uno de estos quiso embromar a un amigo suyo dándole a cenar no gato por liebre, cosa corriente, aceptable, sino cuervo por becada de Abisinia. Comprendo vuestra extrañeza, porque... no hay tales becadadas en tierra del Negus. Pero Marciano, el cazador bochero, aseguró a otro haber visto una pasa de estas aves y haber tenido la suerte de matar dos ejemplares que ya tenía guisados para una merienda-cena en el Bar. El compañero invitado lamentó que no le hubiera mostrado los raros ejemplares antes de pelarlos; incluso los hubiera hecho disecar, mejor que comérselo, pero, a las ocho estaría tomando un aperitivo, en espera del sabroso y exótico plato.

Pero, a las siete, el amigo tuvo que ausentarse sin avisar al anfitrión. Este, se presentó con la cazuelita en el Bar y sufrió la decepción consiguiente cuando transecurrió una hora sin que el invitado llegase. Sospechó que el taimado se había olido la broma y no se resignó a dejarla inédita. Pensó en pasársela al camarero y le hizo la apología gastronómica de las becadadas de Abisinia, que previa amputación de cabeza y patas, yacían envueltos en olorosa salsa en el fondo de la cazuela que hubo de quedarse allá,



en el Bar y a disposición del camarero. El camarero aceptó el obsequio acentuando la sonrisa optimista que siempre iluminaba su rostro y se lo comió entre trago y trago de buen vino.

El bromista cazador tuvo que ausentarse también. Cuando volvió, pasadas un par de semanas, y penetró en el Bar, con aire burlón, se quedó aterrado, con el cabello erizado y un sudor frío le brotó de la frente. El jovial camarero estaba en pié, flaco, triste, renegrido... Su nariz parecía haberse alargado y encorvado como un torvo pico. Al saludo del cliente contestó con una especie de graznido: ¡Craa! e inclinando la cabeza con rigidez. Marciano se sentó tímidamente ante una mesita y pidió un vermut. Con voz velada, se decidió a preguntar...

—Y... ¿qué fué de aquellas becadadas de Abisinia?

—¡Craá!—graznó el camarero—. ¡Estaban muy buenas! ¡Algo duras! pero me chupé los dedos. ¡¡Craá!!

—Le encuentro ronco... y algo más delgado... ¿Ha estado enfermo?

—¡Craa! Sí; el médico no sabe lo que es esto, pero yo pienso que acaso las becadadas de Abisinia tuvieran alguna enfermedad de aquellos países...

Marciano creyó que se desmayaba. Difícilmente llegó a su casa, se acostó, soñó aquella noche (y todas) que una bandada de... becadadas de Abisinia revoloteaba sobre su cuerpo inerte, queriéndole picar en los ojos. ¡Craa! ¡Craa!